

A nosotros encinas, lauros,
Frondas espesas :
Tenemos carne de centauros
Y satiresas.

En nosotros la Vida vierte
Fuerza y calor.
¡Vamos al reino de la Muerte
Por el camino del Amor!

OFRENDA LÍRICA

Saludo a Rubén Darío.

I

Llegas pisando la tierra
Donde naciste a la gloria.
Llegas cantando victoria
Donde te hiciste a la guerra.

Y te dan sus bienvenidas
Los que en tu credo pensaron;
Esos, los que colocaron
El Arte sobre sus vidas.

Y te saludan hermano
Los que te desconocieron.
¡Y hasta los que te ofendieron
O escondiéronte la mano!

Porque aunar las voluntades
Es virtud de triunfadores;
Hacer de niños, mayores.
¡Y domar las tempestades!

Tú eres bardo y eres fuerte,
Porque tú tienes la fe :
Arma y escudo con que
Has de vencer a la muerte.

Y si menciono los yerros
De los que ataron tu acción,
Y quisieron como a Acteón
Devorarte con sus perros,

Es porque están a la vista
En tu bajel de colores
Los colores vencedores
De tu estandarte de artista.

Porque en tu noble vivir
Sufriendo, amando y soñando,
Has persistido cantando
El verbo del porvenir.

Porque como el héroe aquel
De la leyenda inmortal,
Triunfaste del bien y el mal
Siendo tan grande como él.

Y porque no obedeciste
Al tirano de tu cuento,
Y tu estrofa dando al viento
Nacer un sol nuevo hiciste.

II

Deja que vaya el pensar
 Por el mundo del recuerdo.
 Soy buen buzo y no me pierdo :
 He sabido en tu alma entrar...

Fué ayer en pascua florida,
 Cuando tú niño-poeta,
 Diste al pueblo tu quarteta
 Primera, luz de tu vida.

Ceremonia pintoresca
 En que tu alma sensitiva
 Viejos empastes refresca
 En paleta primitiva.

Fué la aurora de un gran día.
 Fué un soberbio amanecer,
 Donde se ensayó tu ser
 Para la heroica porfia.

Después..., después fué la ruda
 Lucha del bardo y el medio,
 Y del dolor el asedio
 Contra el alma absorta y muda,

Absorta en su despertar,
 Que creyó suave... Después
 Encuentras tu rey burgués
 Que te quiere manciillar.

Y para no sucumbir
 Al manubrio dando vuelta,
 Te lanzaste a la revuelta
 Que hizo a las ocas huir.

Inicias la gran batalla
Violentando tu destino,
Y te arrojas peregrino
Del mundo, gigante hornalla.

Y ya con la nave ardida
Y quebrantando la pauta,
Con *Azul* el argonauta
Lanza el gran reto a la vida.

Y vas sobre las naciones,
Loco, derramando rosas :
Rosas tus divinas *Prosas*;
Rosas, *Peregrinaciones*...

Rosas de amor, rosas rojas;
Rosas de amor, rosas santas,
Con que las vidas encantas,
Mientras tu vida deshojas.

Y adonde nadie te alcanza
Arribas en tu carrera,
Puesta al tope la bandera
Con tus *Cantos de esperanza*.

Cantos de vida que son,
A las vidas encantadas,
Como agujas imantadas
Determinantes de acción.

III

Con la fe puesta en la obra
 Has marcado tu destino,
 Y diseñado el camino
 De la vida que te sobra.

Ya nadie podrá estorbar
 La luz que a América entró
 Cuando tu canto sonó
 Como un nuevo despertar.

ALBERTO GHIRALDO.

Buenos Aires, agosto de 1912.

Marcha heroica.

Torres de Dios, poetas.

RUBÉN DARÍO.

Serían necesarios todos los clarines del mundo,
 Y las que los arcángeles pulsan magníficas tiorbas divinas,
 Y todas las campanas del orbe lanzadas a vuelo,
 Y el rumor de las olas de todos los mares vibrantes,

Y de América y de España las liras a coro ajustadas,
 Y el latir exaltado de los corazones de todos los hombres,
 Y el llorar de las quenas fatídicas en las abras desiertas,
 Para entonar a tu paso, varón melancólico y fuerte,

La marcha triunfal y funérea, doliente y heroica,
Que anunciara tu entrada entre palmas y vítores,
Al olimpo dantesco en donde las sombras ilustres
Dialogan escuchando el fluir de las horas eternas.

Tal sería la marcha necesaria a tu paso,
Y que entre las notas de esa gran sinfonía soberbia
Se vieran surgir catedrales, boscajes, campamentos y pam-
Océanos, montañas y campos de batalla, y ruidosas [pas,

Multitudes cantando por medio de metrópolis vastas,
Y ciudades autóctonas en el fondo de imperios incásicos,
Con radiantes cortejos oficiando los ritos solares.

Catedrales erizadas de altísimas torres sonantes
Que irían marcando los tonos de oro, de plata y de bronce.
Campamentos con mil dianas cuajadas de voces argentinas
[de aurora.
Campos de batalla con el grito espasmódico de los vence-
[dores,

Y el ¡ay! penetrante y gimiente de los moribundos vencidos,
Con derrumbes de hierro y de cobres de acerados cañones.
Boscajes crepitantes del trópico, con trinos y flautas y aro-
Y vivos plumajes y fieras lujuriosas y elásticas. [mas
Pampas dilatadas donde el viento repite al oído,

Al compás de galopes piafantes, bajo el sol y el azul de la
[enseña,
El triplice grito patricio : Libertad, Libertad, Libertad.
Ciudades rumoreantes de calles crujientes y rectas,
Veladas por el humo de talleres, de usinas y fábricas.

Océanos con crescendos rompientes de espumosas oleadas,
Y el vibrar de las jarcias y el gemir de las grúas potentes,
Entre el sordo roncar de bocinas en todos los puertos del
[mundo,
A la vista de cofas y mástiles y de todas las banderas del
[globo,

Y diría la marcha en profundos acordes marciales
Todo aquello que vive en tus versos o pasa en tropel tumul-
Como una sucesión infinita de imágenes mágicas [tuoso,
Evocadas por la voz soberana de tus númenes sacros :

Todos tus sufrimientos y amores y sueños y tus esperanzas,
 Ansiedades rugientes torturándote en lóbregas noches eter-
 [nas,
 Deseos mordientes como fierecillas agudas royéndote el
 [seno,
 Pecados fútiles purgados con llanto contrito y ceniza y ci-
 [licios,

Los placeres inúmeros padecidos después de vencida la
 [bestia,
 Las crucifixiones ingratas soportadas pensando en un pós-
 [tumo triunfo,
 Y el dolor del hincarse del diente de envidias y envidias y
 [envidias,

Y el desprecio feroz del estulto, del ignaro, del vil y del pér-
 [fido,
 Y ante todo y con todo y en todos los días, la angustia te-
 [rrible
 De sentirse perdido en la sombra y frente al abismo inson-
 [dable,
 Sin saber, a pesar de vislumbres efímeras, ni de dónde ve-
 [nimos
 Ni hacia dónde marchamos, peregrinos ilusos de una Cól-
 [quida incierta.

Tal sería la marcha gloriosa necesaria a tu paso,
 ¡Oh varón melancólico y fuerte, melodioso y profundo!,
 Porque todo resuena en tu canto florecido de ocasos y auro-
 [ras;

Porque todo resuena en tu canto, pues hubistes amor para
 [todo,
 Con dolor y placer para todos los hombres de todas las razas;
 Porque fuistes el indio postrero monumentalmente magní-
 [fico,
 Conquistando a tu vez a Castilla y volviendo en estrofas
 [eternas

El furor de los fieros infantes de coraza y de pecho de hierro,
 Y asimismo levantaste por sobre clamores de bárbaros
 El espíritu invicto de la inclita stirpe latina;
 Porque en tu corazón resonaba, en acorde perfecto y uná-
 El ritmo de la Humanidad exaltado y excelso; [nime

Porque tú eras, ¡oh varón melancólico y fuerte y sin parl,
 Una torre de Dios, un poeta, sembrador inmortal de espe-
 [ranzas.

RAFAEL DE DIEGO.

Responso a Rubén Darío.

Una congoja enorme sobre la tierra cruza.
No son los magnos manes que por Europa azuza
El férreo Marte fantasmal,

Ni ha rezongado el ronco Chimborazo estallante
Que afirma allá en la nuca de América gigante
Fueguina lengua colosal.

Es la congoja enorme del prodigio nocturno,
Que inmoviliza estrellas, que pone un taciturno
Ósculo sobre la flor,

Que es esa media muerte de todos los adioses,
Y es esa dulce y tierna timidez de las voces
Con que se despierta el amor.

Y han callado los truenos marinos, los tropeles
Violentos de los vientos, los áureos cascabeles
De la brisa primaveral,

Y en las vírgenes selvas de faunos y bacantes,
Ya no se escuchan esos balbuceos rezantes
De la armonía terrenal.

Y la desnuda estrella de la bóveda vasta,
Con un temblor de párpado, con un mirar de casta
Melancolía de mujer,

Es una esclava intacta del destino sañudo
Que viste pensativa su blanco velo viudo
En el pálido atardecer.

El cisne cristalino de interrogante cuello,
Que es astralmente casto, que es lilialmente bello
Y nevadamente gentil,

En el lago epidérmico no boga ni aletea
Y está inmóvil y solo, como una gran idea
En un símbolo de marfil.

El religioso lirio de la sagrada huella,
Que es flor para nosotros y para Dios estrella
Con que ilumina su mirar,

Abierto como un alma bajo la azul penumbra,
Ya no es lirio ni estrella, ya no aroma ni alumbra,
Ni hace pensar ni hace soñar.

Y el corazón, a modo de fúnebre campana,
Gárrula y alada, ha huído de la fiesta
Del claro coro trinador,

Y oculto está en su nido del bosque wagneriano,
Como si el nido fuera la compasiva mano
Que le acaricia su dolor.

Y es que se escucha un grito desolante y desierto:
Rubén Darío ha muerto, Rubén Darío ha muerto,
Rubén Darío ha muerto. ¡Amén!

Y el corazón, a modo de fúnebre campana,
Dobla en la noche triste, con honda voz humana,
¡Rubén! ¡Rubén! ¡Rubén! Rubén!...

MARTÍN DE BERUTTI.

Buenos Aires, febrero 17 de 1916.

Requiem.

Volviste al nido, a morir...
La Intrusa te perseguía;
La sombra de su guadaña sobre tus sueños caía,
Te sorprendió en tu camino su descarnado reír.

¡Oh príncipe errante y triste!
¿Qué sueño extraño tuviste
Cuando la viste venir?

¿Viste otra vez en tu sueño los lejanos bulevares,
 Turbulentos, familiares,
 Donde rodó luminosa tu segunda juventud?
 ¿El Luxemburgo dormido donde vibró tu laúd,
 Cuando caían las hojas del otoño triste y gris
 De París?

—
 ¿Viste las noches de lluvia de Montmartre y del
 No sentiste una fragancia [Quartier;
 De claros lises de Francia,
 Cuando soñabas aquella tu juventud que se fué?

—
 ¡Oh príncipe vagabundo
 Que cantabas por el mundo
 Tu verbo extraño y sonoro,
 Y en las tierras y en los mares
 Engarzabas tus cantares
 De amor, de ensueño, de gloria, de esperanza y de
 Las melodías de oro [inquietud,
 De tu errabundo laúd!...

.....

Y te quedaste dormido;
 Y al hélarse en tus pupilas tu último sueño inmortal,
 Cayeron lises de Francia
 Sobre la fúnebre estancia;
 La Intrusa se había ido,
 Y en el extraño silencio de aquel morir, hubo un
 De claras voces de infancia [ruido
 Bajo los viejos aleros de la casa colonial...

.....
 —
 En las nieblas de los anchos bulevares
 Siempre viven tus cantares
 De amor, de ensueño, de gloria, de esperanza y de
 [inquietud;

—
 Cisne errante y solitario,
 Una luna americana te envolvió como un sudario,
 Y al romperse tu laúd,
 La banda de tus sueños luminosos y errabundos,

Fué volando en el silencio taciturno de los mundos
 A posarse en una tierra vaga y gris,
 Allá lejos, a un país
 Que albergó bajo su cielo tu lejana juventud;

¡Blanca luna americana que velaba tu agonía..
 Pero tu alma era aquel cisne que cantaba todavía
 Bajo el cielo de París!

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG.

Lazo fúnebre.

Para el funeral lírico de Rubén Darío.

Porque fuiste, sin duda, el alma-verso,
 Copa de Dios celestemente llena
 Para los que adorando el Universo

Tienen la angustia por cordial regalo,
 Sufren el mal de una excesiva pena,
 Dan en ser buenos cuando todo es malo...